

El Totonacapan, una región indígena en la vertiente del Golfo de México

Pablo Valderrama Rouy

Introducción

El propósito de este ensayo es presentar un panorama sobre los aspectos demográficos e histórico-culturales que caracterizan a la región indígena conocida como el Totonacapan que, en su porción poblana, también se le conoce como Sierra Norte de Puebla. Las características de estos aspectos son los que de alguna manera individualizan y, por lo tanto, la distinguen de los espacios circunvecinos, lo que me permitió establecer una delimitación de la extensión que hoy tiene esta región.

Es una parte del espacio terrestre que una serie de criterios particulares permite individualizar, separándola de su entorno. De acuerdo con la Escuela Francesa de Geografía, la idea de región es polisémica, por tanto su individualización obedece no sólo a condiciones físicas, sino a la combinación con un desarrollo histórico particular y a las actividades de las sociedades que la ocupan.

El Totonacapan es un espacio integrado que se manifiesta por una cierta homogeneidad histórico-cultural. Por una parte, es resultado de un proceso histórico de larga duración, anterior a la fundación del Estado-nación; y por la otra, a la presencia de una homogeneidad social y cultural que resulta de la semejanza que existe entre sus unidades constitutivas. En este caso, las jurisdicciones municipales que la conforman tienen mayor semejanza entre sí, que las jurisdicciones que pertenecen a las regiones circunvecinas. Una de las principales variables del proceso histórico que individualiza a la región cultural es la red de relaciones sociales que vinculan de manera específica a las jurisdicciones que la conforman. Se trata de relaciones de contigüidad, poco jerarquizadas, que abarcan desde las relaciones de intercambio comercial de productos provenientes de diferentes nichos ecológicos¹, hasta los intercambios relacionados con la vida ritual y festiva

de los pueblos, principalmente los indígenas. Estas relaciones se pueden caracterizar como relaciones interétnicas debido a que cada una de estas jurisdicciones es una organización étnica políticamente autónoma en relación a sus vecinas, así como también un referente identitario.

La red de relaciones interétnicas genera una interdependencia continua entre los distintos pueblos que da lugar al intercambio no sólo de productos sino de grupos organizados de personas como danzantes, músicos y otros especialistas rituales y festivos², equipos deportivos, etcétera. Las peregrinaciones a santuarios dentro de la región o la participación de los pueblos vecinos en una fiesta patronal mantienen viva esta red de intercambios intrarregionales. Asimismo, las reuniones de médicos tradicionales, la invitación para que el maestro de una danza ceremonial forme un nuevo grupo en otro pueblo, son sólo algunas de las formas como se realiza el intercambio de conocimientos, saberes, creencias. Este constante intercambio cultural, la circulación de tradiciones, el intercambio de reciprocidades rituales tanto en los niveles de organización familiar como comunitaria, reproducen en conjunto un modo de vida y una cosmovisión que son particulares de un conjunto de jurisdicciones municipales. Las semejanzas en la cultura y en la organización social que presentan estos pueblos me permiten hablar de una cierta “homogeneidad” regional, claro está, sin perder las especificidades de cada subregión y de cada lugar, porque finalmente, estas regiones culturales también se caracterizan por su diversidad cultural.

La principal unidad político-organizativa en esta región es el municipio. No obstante, una porción importante de estas entidades contiene más de una unidad político-organizativa debido a las divisiones políticas internas del municipio. En Puebla estas subunidades políticas se denominan “juntas auxiliares municipales” y en Veracruz “agencias municipales”. Estas entidades tienen una autoridad propia que tiene jurisdicción sobre un determinado territorio y aunque las constituciones políticas de ambos estados no las reconocen como entidades políticas, en los hechos funcionan como pequeños municipios dentro de una misma municipalidad. Me interesa destacar la importancia de estas entidades políticas subordinadas al municipio porque en ellas reside la mayoría de los gobiernos indígenas que hay en esta región. Una gran parte de los municipios se conforma de la siguiente manera: una cabecera municipal con autoridades mestizas y uno o varios pueblos indígenas con sus propias autoridades constituidas en juntas auxiliares o agencias municipales subordinadas a dicha cabecera.

En la mayoría de los estudios que se han hecho sobre la extensión y los límites del Totonacapan moderno sólo se considera que lo integran las jurisdicciones donde se habla la lengua totonaca.

¹ Esta red comercial se puede observar en el circuito de mercados que se llevan a cabo en diferentes lugares y días de la semana en cada una de las subáreas de la región.

² Por ejemplo, cuadrillas especializadas en hechura de ceras ornamentales y en la confección de adornos durante las mayordomías.

En cambio, cuando se aborda la delimitación del Totonacapan prehispánico y colonial se aplica un criterio más amplio, por el cual se reconoce la presencia de otras lenguas y por tanto, de jurisdicciones donde se hablan otras lenguas indígenas. Sobre esta falta de correspondencia se basa mi propuesta de replantear los límites y la extensión del Totonacapan moderno.

En *Totonac Tajín* de Kelly y Palerm, un clásico de la antropología sobre la costa del Golfo, se plantea lo siguiente: “*Modern Totonacapan may be defined as the area where the totonac language still is current.*” (Kelly y Palerm 1952: 250) Sin embargo, en este mismo trabajo como en otros también se plantea que esta región se constituye en la época prehispánica y colonial como un espacio multilingüe que abarca jurisdicciones donde no sólo se habla el totonaco sino también otras lenguas como el nahua, el otomí y el tepehua. Sin ir muy lejos, durante la colonia como en el presente había en la región jurisdicciones municipales donde se hablaban las cuatro lenguas indígenas antes mencionadas, por ejemplo, Pantepec en Puebla.

Consecuentemente, la propuesta de regionalización que hago aquí tiene como uno de sus objetivos considerar el carácter multilingüe que ha tenido esta región, pero además buscar otros factores de homogeneidad cultural a partir de las semejanzas que se pueden detectar entre las distintas jurisdicciones que conforman a la región pero siempre dentro de los límites de la región histórica.

Significado del topónimo

El origen del topónimo de la región está relacionado con el grupo y la lengua que llegaron a ser más representativos de esta parte de Mesoamérica: el totonaco. Sin embargo no hay acuerdo entre las diversas fuentes históricas y los estudiosos sobre la etimología de la palabra. Conforme a los informantes mexicas de Fray Bernardino de Sahagún “a las provincias donde habitan los *totonaques* llaman *totonacatlalli*” (Sahagún, 1969: III 348) que se traduce como “tierra del calor” (Sahagún 1969 IV 360). De manera que *totonaque* es el “tierracalienteño”, es decir, habitante de tierra caliente. “De la forma verbal ‘tona’, ‘hace calor’, ‘hace sol’, hay una derivación adjetivada ‘tlatona-c’. También se podría referir al intensivo ‘totona-c’. Es comprensible que dieran a los totonacas, como habitantes de la costa tropical, el nombre de ‘los calientes, los de la tierra caliente’ (Krickeberg 1933: 28).

Desde otra perspectiva, Sahagún dice que los mexicas también usaban el término “*totonac*” y otros gentilicios para expresar lo que ellos consideraban el atraso y la rusticidad de otros pueblos. “Estos vocablos, *tlatluicatl*, o *totonac*, o *cuextecatli*, o *toueyo*, denotan en sí poca capacidad o habilidad...” (Sahagún, 1969: III 204).

En las Relaciones Geográficas de 1581, los informantes del pueblo de San Esteban Tzanaquauhtla, sujeto de Tetela (Tetela de Ocampo, Puebla) cuentan que “este pueblo lo tenían poblado y situado la nación totonaca, que les llaman deste nombre porque vinieron de hacia donde sale el sol;...” (Acuña 1985: 412). Mientras que en el pueblo de “Xonotla”, hoy Jonotla, Puebla, “siendo preguntados a todos los más viejos y ancianos deste dicho pueblo” sobre “las adoraciones, ritos y costumbres, buenas o malas, que tenían” contestaron que “tenían un ídolo a quien sacrificaban, llamado *Totonac*, y que no saben qué es la causa de llamarle deste nombre, y que por este ídolo, les llamaban los comarcanos a ellos totonacas, y que, así, hoy en día se han quedado con este nombre este pueblo y toda esta provincia y cordillera” (Acuña, 1985: 385).

Por último, hay quienes consideran que la palabra deriva de la misma lengua totonaca; Francisco Domínguez menciona en su *Catecismo de la Doctrina Cristiana* escrito en el año 1837 que, “*totonaco*, dice a la letra tres corazones en un sentido, y tres panales en el otro.” Ambas corresponden a dos variantes dialectales, una de “la sierra alta de Papantla” y la otra de la “sierra baja de Naolinco”. Más tarde, en 1907, el filólogo Celestino Patiño analiza los dos significados y dice que: “en sentido figurado podría traducirse por tres centros, (...) la aplicaron los primitivos totonacos para significar, quizá, que su territorio se componía de tres estados o cacicazgos...” (citados por Chenaut, 1995: 24). Por último, Isabel Kelly y Ángel Palerm encontraron que en la comunidad de El Tajín, sus informantes totonacos estaban de acuerdo con el significado otorgado a las partes del término por Domínguez y Patiño, es decir *toto*, tres y *naco*, corazón. “pero fueron incapaces de ofrecer una traducción de la palabra totonaco como tal” (Kelly y Palerm 1952: 1).

Estudios sobre el Totonacapan

Walter Krickeberg escribió una de las primeras obras antropológicas sobre el Totonacapan. La versión original de *Los totonaca* fue escrita en alemán en 1914

para presentarse como tesis de doctorado, y en 1933, se tradujo al español y fue publicada por el Museo Nacional de México. Se trata de una etnografía histórica que además presenta una primera delimitación territorial del Totonacapan prehispánico y moderno. En ella se establecen las fronteras regionales y las principales subáreas culturales que determinaron los procesos de diferenciación interna a partir de la localización de antiguos centros de hegemonía indígena. Asimismo, marca algunas otras subáreas en relación a estilos peculiares en arquitectura monumental y tipos de cerámica.

En relación al desarrollo histórico del Totonacapan, Krickeberg hace la comparación entre el Totonacapan del Posclásico tardío y la extensión de los pueblos de lengua totonaca en los primeros años del siglo XX. Así mismo, señala territorios que originalmente y hasta el período Clásico estuvieron habitados por totonacos, pero que hacia el Posclásico medio (siglo XII y XIII) fueron ocupados por otros pueblos provenientes del centro de México.

En 1931 Vicente Lombardo Toledano publicó los resultados de una investigación etnográfica y arqueológica que realizó en una porción de la sierra del Totonacapan situada en el estado de Puebla. Su objetivo era dar sustento histórico-cultural a un proyecto pedagógico de educación regional para las principales áreas etnolingüísticas de esta región (tontonaca, náhuatl del poniente y nahua del sur). También realizó una delimitación del Totonacapan que más tarde fue retomada en el trabajo de Kelly y Palerm (1952). Una de sus principales conclusiones es que “casi toda la Sierra de Puebla formaba parte del antiguo Totonacapan” (Lombardo 1931: 18). Asimismo, afirma que “muchas de las costumbres prehispánicas que persisten en los pueblos de la Sierra que hablan mexicano, son propias de los totonacos...” Menciona varios ejemplos que todavía hoy son vigentes en comunidades nahuas y totonacas. La “costumbre totonaca de obsequiar al extranjero de jerarquía con collares de flores y ramilletes, como aconteció a Cortés en Cempoala, se sigue usando por los totonacos en la mayor parte de sus ceremonias”. En mi trabajo etnográfico entre los nahuas de Cuetzalan también he observado este uso ritual de los collares de flor, llamados *xochikoskat*.

En 1942 fueron publicados dos trabajos sobre los totonacos y su territorio; el más extenso de ellos fue el de Enrique J. Pala-

cios intitulado *Cultura totonaca, El Totonacapan y sus culturas precolombinas*, y el otro, más corto, fue escrito por Luis A. González Bonilla, esta obra apareció en la revista de Sociología de la UNAM y lleva el título de “Los totonacos”.

Isabel Kelly y Ángel Palerm publicaron en 1952 *The Tajín Totonac*. Esta interesante etnografía fue editada por el Smithsonian Institution, pero aún no ha sido publicada en español. El contenido de la obra es la etnografía de la cultura material de esta comunidad y en los anexos un estudio bastante extenso sobre la región del Totonacapan moderno, así como su extensión en las primeras décadas del siglo XVI. El estudio histórico de la región ha sido utilizado como fundamento para muchos trabajos posteriores. Al igual que en el trabajo de Krickeberg, estos autores realizan un análisis comparativo de dos momentos en la historia del Totonacapan; el primero se refiere a su extensión en el siglo XVI y el segundo está situado a mediados del siglo XX. El Totonacapan de los primeros años de la Colonia se integra por 72 pueblos indígenas donde se habla el totonaco pero no de manera exclusiva, ya que también se mencionan otras lenguas. La más importante de ellas es el nahua, la cual se hablaba en más de la mitad de estos pueblos, le siguen el otomí, y el tepehua que sólo se encontraba en algunos lugares localizados al noroeste de la región.

El mapa del Totonacapan moderno (1940) que presentan estos autores, fue hecho a partir de información censal, es decir, municipios donde se habla totonaco. Sin embargo, en esta delimitación no se incluyeron todas las jurisdicciones que aparecen en la demarcación colonial pues, aunque algunas cuentan con altos porcentajes de población indígena, no eran hablantes del totonaco.

En 1943, José Luis Melgarejo Vivanco publicó su libro *Totonacapan*. Se trata de un trabajo bastante extenso sobre la cultura totonaca, pero tiene el problema de que muchas de sus interpretaciones no están sustentadas con trabajo etnográfico ni tampoco histórico. Parece más un libro literario que etnográfico.

Otro de los estudios clásicos sobre esta región es: “Evolución histórica del Totonacapan” (1958) del arqueólogo José García Payón. Este ensayo aporta importantes datos arqueológicos a partir del estudio de la cerámica y de otros restos materiales, que le permitieron relacionar la zona de El Tajín con otros sitios de la sierra de Puebla. Asimismo cuestiona la relación cultural que, según algunos, existió entre esta ciudad y los centros ceremoniales de los totonacos históricos de la costa (Cempoala). En la delimitación que hace del Totonacapan utiliza tanto fuentes documentales como datos arqueológicos.

Entre las publicaciones más recientes se encuentran el libro de Victoria Chenaut (1995), *Aquellos que vuelan, los totonacos en el siglo XIX*, y el de Emilia Velásquez H. (1995), *Cuando los arrieros perdieron sus caminos, la conformación regional del Totonacapan*. Ambos estudios son de carácter histórico y están centrados en los acontecimientos regionales del siglo XIX, pero nos muestran un panorama parcial del Totonacapan. Desde su perspectiva la región sólo comprende jurisdicciones donde se habla totonaco, al igual que Kelly y Palerm, dejan fuera las áreas etnolingüísticas de nahuas, otomíes y tepehuas.

Por último, quiero mencionar el libro de Bernardo García Martínez, *Los pueblos de la Sierra, el poder y el espacio entre los*

indios del norte de Puebla hasta 1700. Esta obra trata sobre la historia colonial de los pueblos de la sierra del Totonacapan, su transformación política hasta convertirse en alcaldías y la reorganización religiosa en torno a los santos. Todo esto explica, según este autor, la nueva faz que adquirieron los pueblos indios al finalizar el siglo XVII. En relación a las nociones de región, García Martínez plantea que “una región es un espacio cambiante y determinado por la cultura, y por lo mismo histórico, ligado al medio físico pero no definido por él” (García Martínez 1987:25). Para él la sierra del Totonacapan constituye “un conjunto articulado de regiones” que tiene su origen lejano en la época prehispánica.

Origen y desarrollo del Totonacapan

El primer aspecto que abordo en la caracterización de esta región indígena se refiere a que ésta es resultado de un proceso histórico de larga duración en el que se van sumando diferentes tradiciones culturales. Enseguida presento un esbozo de la configuración histórica de estas tradiciones.

El Totonacapan es una región cultural que empezó a configurarse hace 2500 años. Los factores que determinaron el inicio del proceso de diferenciación regional están asociados al surgimiento de estructuras jerarquizadas³ y la edificación de los primeros centros ceremoniales.

En cuanto a la lengua y la filiación étnica de sus primigenios habitantes sedentarios existen varias hipótesis. En las primeras investigaciones mencionadas en el apartado anterior, se consideró que estos habían sido los totonacos. Sin embargo, estudios arqueológicos y glotocronológicos posteriores señalan que fueron grupos de filiación protomaya. Román Piña Chan y Patricia Castillo afirman que “durante el Preclásico de Mesoamérica esa región de Veracruz estaba habitada por grupos protomayas que recibieron la influencia de los olmecas” (Piña Chan y Castillo, 1999: 93). Por su parte, Jeffrey Wilkerson también le atribuye a estos grupos mayences la construcción de la ciudad de El Tajín y de otros centros ceremoniales relacionados con el estilo arquitectónico y la cerámica de esta ciudad. En sus conclusiones sobre la cronología cultural de la cuenca baja del Tecoluitla afirma que: “la evidencia disponible señala para la cultura de El Tajín, como para su precursora del Formativo, una filiación étnica huasteca” (Wilkerson, 1989: 278). En este mismo sentido, Alfredo López Austin y Leonardo López Luján señalan que: “durante mucho tiempo se supuso que los artífices del esplendor de El Tajín habían sido los totonacos” Pero lo más probable es “que esta urbe fue desde sus inicios heredera cultural de los pueblos que poblaban la región en el Preclásico” (López Austin y López Luján, 1996: 134).

En el estudio sobre la glotocronología del huasteco, Leonardo Manrique (1976) plantea que en el Preclásico temprano (2500–1200 a. C.), el proto-maya se extiende por toda la costa del Golfo, desde la cuenca del río Papaloapan hasta el norte de la cuenca del Pánuco. Es durante el Preclásico medio (1200–400 a. C.) que el proto-maya se divide en dos variantes dialectales, al norte el proto-huasteco y al sur el proto-cotoque. De manera que, en el Preclásico tardío (400 a. C.-200 d. C.) ya había dos idiomas perfectamente diferenciados y dos culturas regionales con estilos propios cada una de ellas. Una, era la propiamente Huasteca, y la otra, denominada cultura del Centro de Veracruz o Cultura del Tajín, que como se puede inferir no era totonaca, sino de un grupo emparentado con los huastecos, pues habla-

³ Leonardo López Luján y Alfredo López Austin (1996) plantean que son indicadores de este proceso la manera de ataviar a los muertos así como las características que presentan algunas de sus tumbas.

ban el cotoque, una lengua de la familia mayence. “La glotocronología indica que durante el Clásico el Centro de Veracruz, ahora totonaco, habría estado poblado por cotoques, quienes pudieron haber erigido El Tajín” (Manrique, 1993: 11). Mientras tanto, la lengua totonaca se localizaba al norte de Mesoamérica, Juan A. Hasler menciona que “los totonacos se encontraban al occidente de la Sierra Madre Occidental” (Hasler 1993: 7).

La llegada de los totonacos a la sierra tuvo lugar después de la caída de Teotihuacan (750 d. C.). El cronista Fray Juan de Torquemada relata que los totonacos hicieron su primer asentamiento en la sierra, en un lugar llamado Atenamític cerca de Zacatlán (Torquemada 1995: 96) y de ahí se expandieron a otros lugares. En las Relaciones Geográficas del siglo XVI se dice que Tzanaquauhltla sujeto de Tetela (Tetela de Ocampo) y vecino a Zacatlán, “lo tenían poblado y situado la nación totonaca, (...) y que lo poblaron ha más tiempo de setecientos y sesenta y tres años” (Acuña, 1985: 412). Esta cifra nos refiere al año 818 d. C. como fecha de llegada de los totonacos a la sierra.

Entre los siglos X y XIII el Totonacapan adquiere la máxima extensión y los límites que encontraron Kelly y Palerm para el siglo XVI. Por un lado, inicia la expansión del imperio tolteca con la conquista de los señoríos totonacos de Acaxochitlán, Huachinango, Naupán, Tlaola, Chiconcuautla, Tlapacoya y porciones de otros señoríos vecinos. En total fueron 11 los que entraron a formar parte de este imperio cerca del año 1000 d. C. La presión nahua-otomí provocó que la población totonaca se encaminara a la parte sureste, donde se fundan ciudades como Cempoala. En esta misma época, y también como resultado de las migraciones toltecas, llegaron al suroeste de la región (provincias de Zacatlán, Zautla, Tetela, Tlatlahuquitepec, Atempan, Xalacingo, etcétera) grupos de “olmecas xicalancas” que inmigraron a la sierra cuando grupos de teochichimecas los expulsaron de Tlaxcala y Cholula. Estos grupos nahuas, a diferencia de los que se asentaron en la zona de Huauchinango, eran hablantes de olmeca-mexicano (-t). De esta manera, se explica el origen de las diferencias dialectales del nahua en el Totonacapan, en la porción noroccidental el nahua clásico y al sur y suroeste el nahua olmeca mexicano.

La organización social y política de las comunidades indígenas del Totonacapan en el Posclásico tardío fue el *altépetl* o señorío. Este pequeño estado étnico fue, según James Lockhard, la unidad territorial sobre la que se asentó la organización social y política de los grupos étnicos durante el Posclásico y la Colonia. “Los requerimientos mínimos para un *altépetl* eran: un territorio, un conjunto de partes constitutivas (*calpolli*) cada una con su nombre propio, y un gobernante dinástico o *tlatoani*. (...) Un *altépetl* ya establecido tendría un templo principal, símbolo de su soberanía (que por lo que parece, era siempre el recinto de su dios étnico especial), así como también alguna clase de mercado central” (Lockhard, 1999: 30).

En totonaco la palabra que significa lo mismo que *altépetl* es *chuchutsipi*, está formada con las mismas raíces: agua y cerro (García Martínez, 1987: 73). Su importancia no sólo se limita a entender la base de la organización política en el Totonacapan prehispánico sino que fue la entidad político-organizativa que con algunas modificaciones permitió a las comunidades indígenas conservar y recrear su propia identidad durante los tres siglos de dominio colonial y posteriormente resistir los procesos integradores a que fueron sometidos durante la formación y desarrollo del Estado nacional.

Después de la conquista española y la catástrofe demográfica del siglo XVI, las comunidades sobrevivientes del Totonacapan, sobre todo en la sierra, fueron reorganizadas y congregadas en “pueblos de indios”, casi siempre en el mismo espacio que antes ocupara el territorio de sus *altépetl*. El centro de estos pueblos siguió siendo el lugar donde antes se levantaba el templo, residencia de su dios tutelar y símbolo de la soberanía territorial del pueblo; sólo que ahora la iglesia ocupaba este sitio y el lugar de la imagen tutelar estaba habitado por un santo o virgen del panteón católico. También junto al antiguo templo había una plaza que servía como centro ceremonial y mercado. En los pueblos coloniales estos espacios estaban representados en el atrio y en el lugar donde semanalmente se instalaba el tianguis.

Uno de los cambios más importantes que sufrieron los antiguos *altépetl* durante la segunda mitad del siglo XVI, fue que la población dispersa de sus viejos *calpolli* (es decir, las secciones que antes componían al *altépetl*), fue congregada alrededor del centro convirtiéndose en barrios de la cabecera o en pueblos sujetos. En el Totonacapan la mayoría de los pueblos que sobrevivieron a la catástrofe demográfica fueron congregados en sus cabeceras o en el centro de los antiguos *calpolli* de su misma jurisdicción.

Antes de la conquista, el *tlatoani* y su linaje controlaban el gobierno del *altépetl* y entre sus privilegios estaba recibir servicios personales y los tributos de sus pobladores. Bajo el dominio de los acolhua-mexica una parte del tributo estaba destinado al imperio, pero los señoríos conservaron siempre un nivel de autonomía política. Después con el establecimiento del gobierno colonial, el *tlatoani* perdió progresivamente esos derechos a favor de los encomenderos y corregidores españoles, no obstante, el *altépetl* conservó su estructura territorial y social.

En el año de 1549 una real cédula dispuso que el cabildo fuera adoptado como forma de gobierno en los pueblos indígenas, mandaba: “se creasen y proveyesen alcaldes ordinarios para que hiciesen justicia en las cosas civiles y también regidores cadañeros con el cargo de procurar el bien común”; también disponía el número de funcionarios para cada pueblo, que variaba según su tamaño” (Florescano, 1997: 322).

Los oficiales del cabildo en los pueblos de indios representaban a los linajes de cada uno de los barrios, es decir, a los viejos *calpolli*, con el fin de hacer valer sus derechos en el seno del *altépetl*. El crecimiento demográfico y el carácter semiautónomo que tenían los barrios, abrió el camino a la fragmentación política de los antiguos *altépetl* durante los siglos XVII y XVIII. De esta forma muchos de los viejos *calpolli* se convirtieron en corporaciones municipales con el mismo estatus que los pueblos de donde se habían separado. En suma, sobrevivieron 25 repúblicas de indios hasta el final de la época virreinal, y actualmente 22 se conservan como jurisdicciones municipales. El resto de los municipios que hoy forman esta región interétnica también son descendientes de corporaciones indias coloniales, pero a diferencia de las primeras, provienen de los antiguos barrios o *calpolli*.

El establecimiento de colonos españoles en el Totonacapan fue escaso durante el periodo Colonial. El principal interés de la corona española en esta región fue cobrar los tributos a los pueblos de indios. Los pocos españoles que iniciaron actividades económicas por su propia cuenta lo hicieron en la ganadería, especialmente la cría extensiva de ganado menor; otros,

se establecieron en algunas cabeceras de la bocasierra donde iniciaron un incipiente desarrollo agrícola y comercial. Al final de la Colonia estos lugares se convirtieron en centros comerciales de corte español imponiendo un nuevo ordenamiento a los flujos mercantiles de la región. Las tierras bajas eran “calurosas y enfermizas” y poco propicias para las actividades que podían desarrollar los europeos. En cambio, la bocasierra con un clima templado permitió la introducción de árboles frutales foráneos que pronto se adaptaron a estas tierras. “Para fines del siglo XVI había en muchos pueblos de tierra fría castaños, manzanos, perales, durazneros, ciruelos, nogales y otros árboles que se expandieron en años posteriores” (García Martínez, 1987: 144). Todos estos productos eran cultivados tanto por españoles como por indígenas. De igual forma, los pueblos de la porción más cálida pronto aprendieron a cultivar los cítricos como naranja y limón, también las variedades de plátano traídas del sureste asiático a través de Europa. El café llegó a la sierra en el último tercio del siglo XVIII.

Con la Independencia de México se proclamó “la igualdad de derechos a todas las castas y razas”, de este modo el “indio” desapareció jurídicamente y, en consecuencia, sus “privilegios corporativos” sobre la tierra se declararon contrarios a la igualdad y opuestos al concepto de progreso basado en la propiedad privada. Sin embargo, la realización plena del sueño liberal se llevó a cabo hasta la segunda mitad del siglo XIX, con la Restauración de la República. Antes de esta época hubo casos aislados de pueblos indígenas que fueron afectados por la ley de 1826, la cual decretaba la subdivisión de las tierras comunales. Los congresos locales decretaron leyes que reducían los terrenos de labor de las comunidades indígenas a propiedades particulares repartidas entre los miembros de las antiguas repúblicas de indios. Mientras que, los terrenos del común del pueblo: ejidos, dehesas, propios y de repartimiento se consideraban legalmente terrenos baldíos susceptibles de denunciarse para su adjudicación individual entre quienes “desearan dedicarse a la agricultura”. Sin embargo, la inestabilidad política de las primeras décadas del México independiente dificultaron la puesta en marcha del proyecto liberal, sólo en algunos casos los terratenientes y ganaderos intentaron expandir sus dominios a partir de los bienes territoriales de los pueblos indígenas. Por ejemplo, en 1836 los totonacos de Papantla se levantaron en armas encabezados por Mariano Olarte a causa de que sus sementeras de maíz habían sido destruidas por el ganado que introdujeron los terratenientes mestizos.

La Ley Lerdo del 25 de junio de 1856, revive la política desamortizadora de los bienes de los pueblos indios, pero en esta ocasión también afecta los bienes de la iglesia. Sin embargo, la aplicación de esta política tiene que posponerse hasta 1867 debido a la reacción conservadora que estalla en varios puntos del país y a la intervención francesa que impone al imperio de Maximiliano y Carlota. Con la Restauración de la República comienza una nueva etapa en la vida de los pueblos indígenas. La política liberal contiene tres aspectos que tuvieron un gran impacto sobre la organización de los pueblos indígenas: 1) la privatización de la tierra mediante la desamortización de los bienes de la comunidad abrió las puertas para el despojo de tierras y su concentración en pocas manos; 2) la modernización y centralización del Estado implicó un mayor sometimiento de los poderes regionales y locales, así como el desplazamiento del poder simbolizado en la vara del gobernador y el respeto a los ancianos es sustituido por el poder de los “oficios escritos”

de los letrados mestizos; 3) la integración nacional mediante el programa de educación escolarizada (castellanización) que obliga a los niños indígenas a asistir a la escuela de primeras letras con el fin de que se alfabeticen y aprendan el culto a los símbolos patrios pero en un contexto de discriminación social y autonegación cultural. En conclusión, aparte de las tradiciones histórico-culturales que definieron a la región antes de la conquista europea.

Durante la época Colonial, la diversidad étnica y cultural se acrecentó con el establecimiento de familias de españoles en los pueblos indios de la bocasierra y en la franja costera. La escasez de mano de obra nativa en tierra caliente dio lugar a la importación de esclavos negros de varias regiones de África. Algunos de ellos obtuvieron su libertad y así crearon sus propios asentamientos, como es el caso de San Carlos Chachalacas. En cambio quienes huían se escondían en pueblos de indios de la sierra. Al final de la Colonia también llegaron a la región familias de campesinos mestizos pobres que provenían del altiplano poblano-tlaxcalteca; desplazados por la expansión de las grandes haciendas. Por ejemplo, en el municipio de Cuetzalan invadieron tierras del común del pueblo en el siglo XVIII y posteriormente, fundaron un asentamiento llamado Xocoyolo. Por último, en el siglo XIX se establecieron colonias de extranjeros europeos, por ejemplo, en 1881 en Mazatepec, municipio de Tlatlauquitepec se fundó una colonia con italianos.

La región indígena del Totonacapan

El Totonacapan moderno es una región indígena que se localiza al centro-oriente de México, se extiende desde la parte alta de la vertiente oceánica de la Sierra Madre Oriental y desciende hasta la franja costera del Golfo de México. Políticamente, sus jurisdicciones municipales forman parte de tres entidades federativas: la zona centro-norte de Veracruz, también conocida como Totonacapan veracruzano; la región político-administrativa Sierra Norte de Puebla y el municipio de Acaxochitlán que pertenece al estado de Hidalgo.

El Totonacapan forma parte de un extensa región natural que Claude Bataillon denominó Vertiente Huasteco-Veracruzana. “La originalidad de esta región proviene evidentemente de sus caracteres climáticos: al sur del trópico, a partir del grado 23ª de latitud norte, un medio sin estación seca marcada bordea el altiplano semiárido. Esta región seduce con frecuencia por su vegetación de bosque siempre verde y también por sus contrastes: tradición indígena y pozos de petróleo, ciudades coloniales y carreteras de penetración” (Bataillon 1986:128).

El desarrollo histórico que dio origen y personalidad propia a esta región fue presentado en el apartado anterior. Ahora se tratarán algunas cuestiones relacionadas con las características culturales que proveen de homogeneidad a la región, es decir, la semejanza en las pautas culturales y en la organización social de las jurisdicciones que conforman el Totonacapan, así como la red de relaciones interétnicas que reproducen a escala regional algunas de las características de la cultura étnica que las identifica. Sin embargo, lo que se presenta ahora es todavía un esbozo debido a que se requiere mayor información etnográfica para lograr una visión más completa de las características que son comunes a la región.

Uno de los factores de larga duración que identifica a las culturas indígenas de México es la cultura del maíz, que en el To-

tonacapan tiene ciertas singularidades que son propias de la región. Una de ellas es la que señala Barbro Dahlgren (Ochoa 1989: 45) como la técnica del maíz trasplantado⁴; otro aspecto tecnológico es el uso del palo sembrador en algunas labores de la milpa. Antes era una técnica extendida en Mesoamérica pero ahora sólo se encuentra en algunas regiones indígenas. La “mano vuelta” es una forma de intercambio de trabajo recíproco asociada a la milpa. Otros aspectos de esta cultura del maíz se encuentran en las tradiciones culinarias regionales. La preparación de ciertas clases de tamales, por ejemplo, el *etixtamal*, que se prepara a partir de capas de frijol con masa y se usa en las ofrendas de muertos. Asimismo, también hay algunos atoles fermentados que son de uso extendido como el *axokot*⁵ o el *xokoatol*, aunque a veces su nombre cambia de acuerdo a la lengua del lugar. Es importante señalar que la costumbre de tomar atoles ha sido desplazada en gran medida por el gusto del café que se introdujo en la dieta indígena desde mediados del siglo XX.

Según Dahlgren (Ochoa 1989: 45) el cultivo de abejas mexicanas encontradas en ollas de barro es otra característica del área totonaca. Sin embargo, he podido observar que esta técnica también la emplean los nahuas de varios pueblos del Totonacapan, sobre todo en la porción media y baja de la sierra donde prospera este insecto. La misma autora presenta como un rasgo característico del área totonaca “la extraordinaria riqueza agrícola” que como en el caso anterior también es propia de los pueblos nahuas. Agregaría que el aprovechamiento de esta riqueza agrícola se logra en gran medida a través de la recolección, una práctica cultural muy extendida que implica un conocimiento profundo de la biodiversidad.

El vestuario de la mujer indígena tiene dos elementos que son representativos de la región: el *maxtaual*, que es el tocado en la cabeza de la mujer nahua y al *huipil* o *quexquemetl*, que de acuerdo con Lombardo Toledano (1931: 19) tienen su origen en el *lachin* y en el *huipil* de las totonacas respectivamente. Dahlgren (Ochoa 1989: 45) también plantea que el “quechquemitl” es característico del área totonaca, pero en realidad, como ya se mencionó, es representativo del Totonacapan, aunque también se encuentra entre las indígenas de la Huasteca y del Istmo de Tehuantepec.

En la fiestas de los pueblos y en particular en el culto a los santos hay varios elementos rituales que son comunes a la mayoría de las jurisdicciones indígenas de la región. En la mayordomía, el elemento que simboliza el cargo es la “cera”, es decir, los grandes cirios ornamentales que la persona entrega como parte de la ofrenda el día de la fiesta del santo. Otro elemento muy importante del adorno ritual son las coronas de cucharilla o *teuitso* que se tejen en casa del mayordomo y se colocan tanto en la entrada de su casa, en el altar doméstico, como en la entrada y en el altar principal de la iglesia. Sin embargo, a este nivel, lo más representativo y exclusivo del Totonacapan son tres danzas de origen prehispánico: la danza de voladores, quetzales y guaguas. De hecho, el palo del volador que se encuentra en la mayoría de los atrios en cabeceras y pueblos de la región es hoy un símbolo de identidad indígena. El principal rito asociado a la danza del volador es el rito a los cuatro rumbos del universo que tiene una explicación mítica muy semejante entre nahuas y totonacos y al parecer está relacionado con la fertilidad de la tierra.

En los rituales domésticos también hay varios elementos que son comunes a la mayor parte de la región. Uno de los más característicos es el que ya se mencionó: el uso ritual de los collares de flor, *xochikoskat*; cuando en una casa se recibe una imagen religiosa o los padrinos entregan a un recién bautizado o a una pareja que se acaba de casar, etcétera. El rito de “recibir” implica colocar en el cuello de la persona o de la imagen collares de flores, aunque en ciertos rituales como el de la boda el proceso es más complejo porque se produce un intercambio de collares de flor entre los que reciben y entregan a los recién casados.

La mayoría de los mitos que forman parte de la cosmovisión indígena son comunes a toda la región. Por ejemplo, el mito de los 12 tajines no sólo se cuenta entre los totonacos de Papantla, sino también hay versiones del mismo entre los pueblos nahuas de la región.

La terapéutica tradicional se rige por algunos principios que son comunes. Por ejemplo en Cuetzalan, los médicos tradicionales nahuas reconocen que sus maestros e iniciadores fueron médicos de Ecatlán y de otros pueblos totonacas.

La homogeneización de algunos elementos culturales es resultado de un proceso de integración regional que se funda en una amplia red de relaciones interétnicas entre las comunidades indígenas.

La red de relaciones interétnicas que permiten la integración de esta región histórico-cultural se produce a partir de las relaciones de interdependencia y complementariedad étnica que han establecido las comunidades indígenas desde hace varios siglos. Actualmente este sistema permite la reproducción de los elementos culturales de larga tradición histórica propios de la región, tanto de los prehispánicos, como todos aquellos que se incorporaron durante la Colonia y hasta los más recientes. La tradición cultural o “costumbre” que legitima a los sistemas de organización social y las prácticas culturales de las comunidades, tienen su origen en este substrato histórico-cultural.

La reproducción cultural de la comunidad india depende de que sus sistemas de organización social mantengan una cierta autonomía, poder de decisión sobre los procesos sociales y culturales, “capacidad de decisión respecto a un conjunto de elementos y recursos que forman su cultura” (Bonfil, 1995: 536). Pero también la comunidad depende de las relaciones de complementariedad con otras vecinas respecto a sus prácticas culturales. “Esta complementariedad puede originar una interdependencia o una simbiosis, y constituir campos de articulación” (Barth, 1976: 22).

Los campos de articulación interétnica se desarrollan en varios niveles de la vida económica, política, social y festivo-religiosa de las comunidades indígenas. Intercambio mercantil entre comunidades que están situadas en nichos ecológicos diferentes; especialización de ciertas comunidades en determinados productos para el consumo regional, artículos para la fiesta (cohetes, castillos pirotécnicos, cirios, velas ceremoniales); productos textiles para el vestuario tradicional, cerámica, cestería, etcétera. En las fiestas dedicadas a las imágenes titulares de cada pueblo, no sólo se requiere de productos especializados de otros lugares, sino que su esplendor depende, en buena me-

⁴ Esta técnica agrícola consiste en germinar el grano de maíz antes de sembrarlo en un envuelto de hojas de plátano. El objetivo de esta técnica es disminuir los días en los que está expuesto el grano a la depredación de los pájaros. 20 Pasquel, 1976: 48.

⁵ El *axokot* es un atole aguado de color verdoso debido a que el fermentado de maíz se mezcla con una hierba conocida como *axokotxiuit* (hierba del *axokot*) más conocida como *tsopekxiuit* (hierba dulce, Lippia Dulcis), que como su nombre lo indica da un sabor dulce al preparado. El *axokot* se prepara en un cántaro de boca ancha, *axokomit*, que sólo se destina a este fin.

dida, de la participación de los habitantes de los pueblos circunvecinos. De toda la gente que llega invitada o que simplemente visita a la imagen festejada y participa en algunos eventos de la fiesta, ya sea en la misa principal, en los encuentros deportivos o que llega como parte de un grupo de danzantes o de una banda de música. La participación de los fuereños es muy diversa desde los vendedores de feria, hasta las organizaciones religiosas que apoyan a las locales en los rituales festivos como el caso de la organización religiosa los “Adoradores Nocturnos”. Los representantes de la iglesia o las autoridades de los pueblos vecinos que son invitadas a las comidas ceremoniales en casa de los mayordomos.

Todas estas actividades reproducen los vínculos de unión entre los pueblos, la mutua identificación a partir de factores culturales comunes. Miguel Bartolomé se refiere a ellos como “los mecanismos articuladores intercomunitarios que tienden a fomentar la solidaridad entre distintos pueblos.” Esta red de solidaridades constituye un importante campo de articulación interétnica no sólo entre comunidades que hablan una misma lengua, sino dentro de un circuito regional que abarca comunidades contiguas vinculadas históricamente, que pueden hablar distintas lenguas. Sin embargo, estas relaciones intercomunitarias no siempre son de complementariedad y de intercambio recíproco, también hay conflicto y tensión entre ellas: las pugnas políticas vinculadas al factionalismo, los conflictos por problemas de linderos que muchas veces están asociados a la lucha por la tierra; los conflictos religiosos etcétera.

La región del Totonacapan es una configuración histórico-cultural que está constituida por un conjunto limitado de unidades político-organizativas: municipios, agencias municipales, juntas municipales auxiliares, cuyo origen histórico es en la mayoría de los casos anteriores a la formación del Estado nacional. Desde esta perspectiva histórica, la región se puede caracterizar como un conjunto polisegmentarizado, es decir, integrado por segmentos políticos primarios. Su unidad básica son las “comunidades independientes, funcionalmente equivalentes y con escasos mecanismos propios que favorezcan su integración política” (Bartolomé, 1997: 60). Estas comunidades no son simples unidades organizativas de tipo corporado, su carácter étnico está condicionado por la dimensión organizativa, simbólica y cultural de su peculiar modo de vida.

La comunidad indígena del Totonacapan, como en otras regiones, se distingue por tres aspectos básicos que son los siguientes: a) una tradición cultural que contiene estructuras de larga duración histórica (Braudel, 1991: 46); b) una organización político-social propia que permite la reproducción autónoma de la cultura étnica (proceso de control cultural de G. Bonfil) y; c) una modalidad específica de identidad étnica que está centrada en la comunidad de origen y residencia, se trata de una filiación que se adquiere tanto por el nacimiento como por la participación en la vida comunitaria. Todo esto determina que sus miembros se sientan más ligados a sus comunidades que a la nación o a cualquier otra entidad, la comunidad se comporta como una formación organizativa y adscriptiva totalizadora.

La extensión del Totonacapan

Debido a la gran riqueza cultural y diversidad étnica de la región, se puede caracterizar como una región multilingüe y pluriétnica. En ella conviven cuatro grupos etnolingüísticos y la población mestiza hablante del español regional. Este sector de población

es bastante heterogéneo pues además de las diferencias de clase, comprende desde los grupos de colonos europeos que llegaron en el siglo XIX y XX, hasta la población de origen africano que se asentó en la costa de esta región desde el siglo XVI. Otra parte de la población mestiza se constituye por los descendientes de familias indígenas pero que no hablan su lengua y tampoco se reconocen como miembros de algún grupo indígena.

Sin embargo, como ya mencioné antes, los factores que definen a la región son la homogeneidad social y cultural que resulta de la semejanza que existe entre sus unidades constitutivas. En este caso, las jurisdicciones municipales que la conforman tienen mayor semejanza entre sí, que las jurisdicciones que pertenecen a las regiones circunvecinas.

El Totonacapan moderno comprende 71 municipios con distintos porcentajes de población hablante de lengua indígena. Sin embargo, sólo en 35 de ellos la población indígena es mayoritaria, es decir, que se pueden clasificar como municipios indígenas. En el resto, que conforman la mitad del los municipios de la región, domina numéricamente la población “mestiza”, en este caso se trata de municipios con presencia de población indígena. Esta presencia puede ser en forma de jurisdicciones indígenas al interior del municipio (juntas auxiliares o agencias municipales) o como población indígena dispersa.

Para definir los límites del Totonacapan retomo la propuesta de García Payón para compararla con los cambios que presenta en la actualidad. Este autor define los límites de la siguiente manera: “princiando desde la costa del Golfo en el sur, desde el río Huitzilapan (La Antigua) hasta la el río Cazonas en el norte; y desde ahí tierra adentro abarcaba una amplísima sección de la falda oriental, así como unas partes de las tierras altas de la Sierra Madre, y unas partes de las tierras altas de Puebla. Los límites extremos al oeste serían representados por las poblaciones de Pahuatlán y varias congregaciones en la vecindad de Acaxochitlán, en la actual línea divisoria de Hidalgo y Puebla, y las de Cuautenco, Totutla y Zacatlán. Desde ahí podría trazarse una línea hacia el este que pasando por Jalacingo y Atzalan viniera a dar a la desembocadura del río La Antigua, mientras que por el norte de Acaxochitlán se extendería hasta Ixhuatlán, para bajar a la Barra de Cazonas pasando por Tihuatlán” (citado por García Payón 1989: 229–230)

Los límites del moderno Totonacapan presentan similitudes en varios puntos con la delimitación hecha por García Payón, pero en otros, hubo cambios importantes. Su territorio se contrajo principalmente en dos áreas, la primera corresponde al sur, en particular la sierra de Chiconquiaco que comprende a más de 20 municipios donde la población hablante de lengua indígena ha desaparecido casi completamente. Sin embargo, a pesar de que la lengua se extinguió, existen otros factores culturales que pueden ayudar a repensar esta área como indígena o más bien, con presencia de comunidades indígenas. La segunda área que dejó de pertenecer al Totonacapan se localiza en los municipios costeros localizados al sur de Papantla que abarcaban desde Gutiérrez Zamora hasta el río La Antigua. De hecho, las dos áreas están unidas, sólo que se distinguen porque una es costera y la otra serrana.

El Totonacapan moderno se extiende en las porciones territoriales de tres estados: en Veracruz, comprende la región centro-norte formada por 14 municipios⁶. En Puebla abarca a 56

⁶ En muchos textos de difusión se considera que el Totonacapan sólo abarca el área de Papantla y los municipios totonacos de Veracruz. De hecho, este sesgo se reproduce en el Museo de Antropología de Xalapa, y también en el libro de texto de ciencias sociales para tercero de primaria de esta entidad. En algunos casos se plantea que el Totonacapan es una región que se circunscribe al centro-norte del estado sin mencionar su continuidad hacia Puebla e Hidalgo.

Región indígena Totonacapan Censo 2000	Núm. mpios.	Población lengua indígena	Nahua	Totonaco	Otomí	Tepehua	Niños 0-4 años	Pob lengua indígena + niños 0-4
Total regional	72	445,803	233,255	202,075	8,356	308	86,762	532,565
Grupo # 1 (81.2% – 98.7%)	20	120,387	38,421	83,965	7	1	20,066	140,453
Grupo # 2 (42.3% – 79.9%)	24	179,841	111,584	62,378	5,525	147	34,220	214,061
Grupo # 3 (10% – 39.8%)	19	123,109	68,714	49,562	1,507	37	26,368	149,477
Grupo # 4 (2.5% – 9.6%)	9	22,466	14,536	6,170	1,317	123	6,108	28,574

Cuadro 1. Distribución de la población indígena de la región por lengua y en relación a su porcentaje por municipio según los datos del censo de población del año 2000.

municipios, los cuales constituyen la mayor parte de la región político-administrativa denominada Sierra Norte de Puebla y en Hidalgo sólo se extiende sobre el municipio de Acaxochitlán.

La unidad político-organizativa de la región del Totonacapan es la comunidad indígena municipal, su territorio es la jurisdicción municipal o las subdivisiones internas a él, es decir, agencias municipales en Veracruz y junta auxiliares municipales en Puebla. Aunque en algunos casos, sobre todo en la periferia, la población indígena no está organizada en comunidades que mantengan una organización política propia, sino que forman parte de entidades mestizas.

La delimitación de la región indígena del Totonacapan se realizó a partir de información censal, principalmente de los años 1990, 1995 y 2000. Se consideraron todos los municipios que tuvieran un porcentaje significativo de población hablante de lengua indígena y que además estuviera dentro de los límites históricos de la región.

Población indígena y su distribución territorial

En el cuadro 1 se presenta la distribución de la población indígena de la región por lengua y en relación a su porcentaje por municipio según los datos del censo de población del año 2000. Para mostrar los porcentajes se reunieron el total de municipios en cuatro grandes grupos.

Como se puede observar en el cuadro y en el mapa, el porcentaje de población indígena en cada municipio varía mucho, desde los pequeños del centro de la región que cuentan con una mayoría absoluta de población indígena, como es el caso de Filomeno Mata (67) y Camocuautla (28) con porcentajes cercanos al 100% de totonacos; hasta los municipios que presentan muy bajos índices de hablantes de lengua indígena como la ciudad

de Poza Rica (131) con 2.5% y el norteño Tihuatlán (175) que tiene un 4.3%. Aunque en términos de población absoluta Poza Rica tiene más indígenas que todo el municipio de Camocuautla. Los bajos índices de población indígena se localizan por lo general en la periferia regional, pero principalmente en las tierras bajas y en los municipios que se crearon en el siglo XX como la ciudad de Poza Rica, Juan Galindo (091) y Zaragoza (211).

La marcada diferencia en el índice relativo de población indígena por municipio no sólo es un problema cuantitativo en términos de si es mayoría o minoría en relación a la población de cada uno de los municipios, sino que se refiere a distintas formas de integración territorial de las comunidades indígenas y a diferencias de todo tipo entre los municipios más indígenas y los que prácticamente ignoran la presencia de esta población. Debido a esta circunstancia se considera que es importante dividir al conjunto de municipios con población indígena en cuatro grandes grupos, de acuerdo al porcentaje de hablantes indígenas que hay en cada uno de ellos, no sólo para resaltar las diferencias sino también para encontrar lo que tienen en común cada uno de ellos.

El primer grupo está constituido por 20 municipios que tienen el 80% y más de hablantes de lengua indígena, es decir, las localidades que tienen mayor porcentaje de población indígena de toda la región. Los municipios que forman este grupo son de pequeña extensión y su población total fluctúa entre 884 habitantes (Coatepec) y 16,130 habitantes (Huehuetla). La mayoría de ellos (19) se encuentran agrupados en el centro de la región formando un núcleo compacto en la porción media de la sierra. Como se puede observar en el cuadro anterior, la mayoría de la población de este grupo es totonaca, en 15 municipios se habla esta lengua y sólo en tres el nahua. Aparte hay un municipio mixto, Ahuacatlán (6) en el que la mitad de su población es na-

huahablante y la otra totonaca. Por último, hay dos municipios más que pertenecen a este grupo pero están fuera del núcleo, al poniente Naupan (100) forma parte del núcleo náhuatl de Huauchinango donde se habla el náhuatl clásico (-tl) y al sur, Hueyapan (75) que es parte de los nahuas meridionales, nahua olmeca mexicano (-t). En este grupo de municipios es más común que la organización política y religiosa de la comunidad indígena se encuentre localizada en la misma cabecera municipal, a diferencia de los otros grupos que tienen como núcleo las cabeceras de las subdivisiones políticas del municipio.

El segundo grupo está formado por 24 municipios cuya población indígena constituye entre el 40% y el 80% del total de población de cada uno de ellos. Este conjunto rodea al núcleo del grupo anterior, pero la extensión de sus territorios es mayor, así como el monto de sus respectivos pobladores. El rango de población por municipio fluctúa entre los 4,000 y los 45,000 habitantes, con un promedio de 15,107. La mitad de los municipios de este grupo están compuestos por comunidades nahuahablantes, el resto se divide entre jurisdicciones con comunidades totonacas y otros que son mixtos. En Pahuatlán (109) conviven otomíes y nahuas; mientras que en Pantepec (111) son otomíes y totonacos. En este grupo las cabeceras municipales están formadas por una mayoría de población mestiza, mientras que las comunidades indígenas tienen sus centros de hegemonía en las subdivisiones municipales.

El tercer grupo reúne a 19 municipios que se localizan en la periferia de la región y se caracterizan por tener un bajo porcentaje de población indígena, entre un 10% y un 39%, aunque dos de ellos tienen en términos absolutos la mayor cantidad de población indígena de toda la región, Papantla (V-124) con 37,367 totonacos y a Huauchinango (71) que ocupa el cuarto lugar con 20,781 nahuas. Además las cabeceras de estos municipios son importantes las ciudades mercado, junto con otras ubicadas en la bocasierra que forman parte de este mismo grupo: Tlatlauquitepec (186), Zacatlán (208) y Tetela de Ocampo (172). En este grupo hay diez municipios con comunidades nahuahablantes, cuatro con comunidades totonacas y el resto son mixtas. Las comunidades indígenas sólo ocupan algunas áreas de estas jurisdicciones ya que se trata de los municipios más extensos de la región.

El cuarto grupo se compone de 15 municipios que tienen bajos porcentajes de población indígena, ésta fluctúa entre el 1% y el 10% del total de cada municipio, y sólo en dos de ellos, Teziutlan (174) y Xicotepec (197), esta población alcanza un monto significativo en términos absolutos. En el resto la población hablante de lengua indígena tiene cifras menores a los 1000 individuos, por lo tanto, se trata de pequeñas comunidades indígenas cuya integración territorial se da en varios planos desde el suburbano, colonias o pueblos satélites de las ciudades o bien de poblaciones indígenas diseminadas entre comunidades o ejidos mestizos. La comparación entre los datos de los últimos tres censos de población muestra una tendencia a la disminución de hablantes indígenas de este grupo, sobre todo en los municipios de la franja costera.

Este universo de pueblos indígenas y su estructura de interrelaciones étnicas es la trama que nos permite definir la extensión y los límites de la región interétnica del Totonacapan.

Bibliografía

Acuña, René (editor), *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, n° 59, tomo II, México, 1985.

Barth, Fredrik (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras, La organización social de las diferencias culturales*; edición Fondo de Cultura Económica, traducción Sergio Lugo Rendón, México, 1976, 204 pp.

Bataillon, Claude, *Las regiones geográficas de México*, Editorial Siglo XXI, México, 1969.

Bonfil Batalla, Guillermo, *Obras Escogidas de Guillermo Bonfil*, Coedición: INI, INAH, DGCP, CIESAS, FFFNE (4 tomos), México, 1995.

Bartolomé, Miguel Alberto, *Gente de costumbre y gente de razón, las identidades étnicas en México*, Siglo XXI Editores e Instituto Nacional Indigenista, México, 1997, 214 pág.

Braudel, Fernand, *Escritos sobre historia*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

Chenaut, Victoria, *Aquellos que vuelan. Los totonacos en el siglo XIX*, Colección *Historia de los pueblos indígenas de México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista, México, 1995.

Córdova Olivares, Francisco, *Los totonacos en la región de Huehuetla, Puebla*, Tesis maestría etnología y antropología social, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, 1968.

Florescano, Enrique, *Etnia, Estado y Nación, Ensayo sobre las identidades étnicas en México*, Nuevo Siglo, Aguilar, México, 1997.

García Martínez, Bernardo, *Los pueblos de la Sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*. El colegio de México, México, 1987, pp. 424.

García Payón, José, "Evolución histórica del Totonacapan", en *Miscellanea Paul Rivet octogenario dicata*, i: 443-453, México, 1958, Universidad Nacional Autónoma de México, XXXI Congreso Internacional de Americanistas, 2 v. (en Lorenzo Ochoa, *Huastecos y Totonacos. Una antología histórico-cultural*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1989).

González Bonilla, Luis A., "Los totonacas", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.4, n°3, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1942.

Hasler, Juan A., "La formación de los grupos totonacas" en *La Palabra y el Hombre*, revista de la Universidad Veracruzana, abril junio N° 86, Xalapa, Veracruz, México, 1993.

Ichon, Alain, *La religión de los totonaca de la Sierra. México*, edición Secretaría de Educación Pública–Instituto Nacional Indigenista, N°16, México, 1973, pp. 512.

INEGI. (Instituto Nacional de Estadística Geografía e informática)
– 1990 XI Censo General de Población y Vivienda
– 1995 I Censo de Población y Vivienda
– 2000 XII Censo General de Población y Vivienda

Kelly, Isabel & Angel Palerm, *The Tajin Totonac., Part 1. History, Subsistence, Shelter and Technology*, Institute of Social Anthropology, Smithsonian Institution, Publication n°.13, Washington, USA, 1952.

Krickeberg, Walter, *Los totonaca. Contribución a la etnografía histórica de la América Central*, Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, Traducción del alemán Porfirio Aguirre, Tesis de doctorado terminada en 1914 y presentada en 1920, México, 1933.

_____, *Las antiguas culturas mexicanas*, Fondo de Cultura Económica, Primera edición en alemán 1956, México, 1961.

Lockhart, James, *Los nahuas después de la conquista, Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI–XVIII*, editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1999, pp. 713.

Lombardo Toledano, Vicente, “Geografía de las lenguas de la Sierra de Puebla, con algunas observaciones sobre sus primeros y sus actuales pobladores”, *Revista de la Universidad de México*, Tomo III, num. 13, 1931.

Manrique Castañeda, Leonardo, “La posición de la lengua Huasteca” en *Actes du XLII congrés international des Américanistes*, Congrès du Centenaire París, Francia, 1976.

Medellín Zenil, Alfonso, *Cerámicas del Totonacapan. Exploraciones en el centro de Veracruz*, Instituto de antropología de la Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, 1960, p 54.

Melgarejo Vivanco, José Luis, *Totonacapan*, Talleres Gráficos del Estado, Xalapa, Veracruz, 1943, p 249.

Piña Chan, Román y Patricia Castillo Peña, *Tajín, la ciudad del dios Huracán*, edición Fondo de Cultura Económica, México, 1999, pp. 149.

Torquemada, Fray Juan de, *Monarquía Indiana*, edición Universidad Autónoma de México, selección, introducción y notas de Miguel León Portilla, Biblioteca de Estudiante Universitario n° 84, México, 1995, pp. 213.

Velásquez Hernández, Emilia, *Cuando los arrieros perdieron sus caminos, la conformación regional del Totonacapan*, edición El Colegio de Michoacán, México, 1995, pp. 196.